

MANIFIESTO DE LAS VÍCTIMAS DE LA BOMBA ATÓMICA

Hiroshima ha tenido tres vidas: la primera como un centro militar, la segunda como una víctima de la bomba atómica, y ahora la tercera como una ciudad para la paz. Hace unos sesenta años, Hiroshima era un efervescente centro militar, manteniendo una creciente industria en municiones. Más del cuarenta por cien de la ciudad estaba ocupado por las facilidades militares. Desde el puerto de Hiroshima al sur de la ciudad, muchos soldados y material de guerra eran enviados a la guerra Chino-Japonesa (de los años 1930). El éxito militar del Japón en China y su ocupación causó un gran estallido de fervor nacionalista en Japón. Pero pronto la marea de la guerra cambió contra el Japón como resultado de la expansión de la guerra hacia el Pacífico. El punto de cambio fue la Batalla de Midway. Desde aquí comenzó un largo y constante retroceso de las fuerzas Imperiales Japonesas, siendo perseguidas y cazadas, acabando con la larga, trágica y extinguidora batalla por la isla de Okinawa, parte del país. Además, desde 1942 a 1945 las más de las mayores ciudades japonesas fueron reducidas a cenizas por los constantes ataques con bombas de fuego. Con todo, durante este tiempo, me pregunto por qué Hiroshima fue excluida de tal destino, ya que no hubo ataques aéreos. Pero esto cambió en la mañana del 6 de Agosto de 1945, cuando un bombardero B-29, el llamado "Enola Gay", dejó caer una sola bomba sobre Hiroshima. Era una bomba atómica. Después comprendí por qué Hiroshima había sido inicialmente excluida, porque iba a ser usada con este fin. Más de 200.000 personas fueron muertas y unas 300.000 personas más fueron heridas o dislocadas y expuestas también a la mortal radiación atómica. Oí después que la temperatura en el hipocentro (el punto cero) subió desde 3.000 a 4.000 grados Celso. En comparación, necesitamos sólo 1.500 grados Celso para derretir el hierro, con lo cual uno puede comprender la gravedad de esta explosión. La fuerza del viento con el tal choque fue de 300 metros por segundo. Nadie puede mantenerse en pie dentro de un tifón que levanta vientos de 50 metros por segundo. Dentro de un radio de tres kilómetros todos los edificios fueron arrollados al suelo y completamente destruidos. Al tiempo de la bomba yo era una estudiante de enseñanza media de 14 años de edad. La mayoría de los hombres había ido a la guerra; por ello, nosotros los estudiantes estábamos inscritos para realizar trabajos forzados en las fábricas de municiones, en vez de estudiar a diario. Mi casa estaba a 1.7 kilómetros del punto o foco cero, cuando el día 6 de Agosto yo noté un repentino resplandor (PIKKA en japonés), que sólo duró 0.3 segundos (tal como determinaron después los científicos) y a continuación oí un enorme ruido (DON en japonés). Pronto la bomba atómica fue conocida popularmente como la "PIKKA DON". El intenso calor del resplandor en el breve momento inicial quemó instantáneamente todo cuerpo masculino o femenino que estaba fuera de su casa. Tras el resplandor vino el bajo estrépito y la casa se resquebrajó como por causa de un fuerte terremoto. Primero yo fui proyectada al aire e inmediatamente sobre el suelo. Aquí el humo y el polvo me ahogaban y encontraba muy difícil el poder respirar. De repente el techo cayó y los pilares de mi casa se desvanecieron a mi alrededor. Fue casi imposible poder respirar y pensé: "Ah, seguro que voy a morir!" Sin embargo, como mi casa era sólo de un piso, pude escapar afuera pero con gran esfuerzo. (Nota: gente que vivía en casas de muchos pisos fue arrasada y quemada hasta la muerte al caer sobre ellos los pisos superiores). Mis ropas estaban hechas jirones y yo sangraba a causa de las piezas de vidrios clavadas en todo mi cuerpo. Mirando a mi alrededor noté que todas las casas estaban reducidas a escombros y oí a mucha gente gritando: "Ayudadme!" Cualquiera que haya leído el tebeo (manga) titulado "El descalzo Gen" (Hadáis no Gen) puede visualizar la escena que yo ví. Muchos fueron cogidos bajo las ruinas de las casas abatidas, clamando por ayuda, pero siendo incapaces de escapar y fueron virtualmente quemados hasta la muerte entre las llamas.

Debido a que los que estaban todavía vivos estaban heridos gravemente, nadie podía ayudar unos a otros. Todo lo que cada persona hacía, si lo podía hacer, era huir. Yo huí hasta un parque cercano junto con mi madre, mirando todo el tiempo a las gentes que iban huyendo. Sus vestiduras estaban reducidas a andrajos y los cabellos de sus cabezas estaban chamuscados y erizados. Muchos años después el Ayuntamiento de Hiroshima pidió a los supervivientes que pintaran o dibujaran escenas de sus terribles experiencias y esas pinturas fueron coleccionadas. Yo sentí gran emoción y espanto al ver esas descripciones gráficas mostrando personas con manos y caras quemadas e hinchadas como máscaras grotescas. Otras mostraban a personas que sostenían sus abiertos abdomen e intestinos, tratando de impedir que cayeran fuera. Otras tenían un ojo colgando de su órbita ocular. Una madre abrazaba a un niño al que le faltaba una oreja y gritando: “oh pobre bebé!” La quemada piel de los brazos de muchas personas se hinchó y luego se resquebrajó colgando como trapos, de modo que no podían bajar sus brazos y caminaban como fantasmas con los brazos extendidos. Mucha gente perdió la habilidad para pensar y marchaban de un lado para otro con mirada extraviada intentando escapar del miedo. Pararse sólo fomentaría más aún el miedo y por eso todos andaban sin rumbo lo más largo y lejos posible.

Eventualmente los fuegos iniciales se propagaron rápidamente por la ciudad causando más destrucción. No había nadie para luchar contra los incendios, ya que todos, especialmente los bomberos, estaban muertos o malamente heridos. Así Hiroshima se convirtió en un mar de fuego y por la noche parecía como un campo quemado. Después, largas, pesadas y negras gotas de lluvia como aceite cayeron sobre la ciudad. Eran ciertamente gotas negras! Los científicos establecieron más tarde que el movimiento hacia arriba del polvo y de las partículas de materias destruidas, combinado con altas temperaturas y la humedad, crea esta inusual y aceitosa lluvia negra. Pero nosotros nos bañamos gustosos en ella. Mas ignorábamos cuanta radiación se contenía en cada una de aquellas gotas refrescantes. Mojadas hasta la piel (y con la radiación!) empezamos a temblar con escalofríos, como si tuviéramos alta fiebre en medio del verano. Aquella noche mucha gente durmió en los campos, pero tristemente muchos de los heridos y angustiados cesaron de sus lamentaciones y murieron al amanecer.

A la mañana siguiente, yo divagué por la ciudad junto con mi madre buscando a mi padre. Mucho tiempo después supimos que mi padre había estado haciendo trabajo forzado cerca del epicentro donde cayó la bomba y que había muerto instantáneamente, pero cuando le buscábamos no sabíamos nada sobre su paradero. Por ello preguntábamos a la gente que pasaba si lo habían visto. Mientras caminábamos buscándole, yo arrastraba mi pierna. Entonces noté que había un nudo triangular en mi muslo. Era un cristal incrustado allí. Oyéndonos y viendo a mucha gente, apenas viva, todos gritábamos: “agua, dadme un poco de agua, por favor!” Poco después muchas de esas personas murieron, no gritando por el dolor, sino por la sed. Con mirada retrospectiva, yo creo que su sed no era tan sólo una sed física, sino también una sed del espíritu, la sed que Cristo experimentó en la cruz cuando gritó: “tengo sed!” Esto une a todas esas personas con el Cristo sufriente sobre la Cruz.

En aquel tiempo tuvimos la idea de enterrar a los muertos. Para ello reunimos ramas secas de árboles y las pusimos sobre los recogidos cuerpos apilados, y luego de rociarlos con gasolina les pegamos fuego...un niño muy guapo que había vivido junto a mi casa y otros cadáveres de personas que yo no conocía fueron colocados allí y quemados. Poco después sólo quedaban huesos calcinados. Esta escena fue repetida en toda la ciudad. E incluso ahora Hiroshima es considerada como un enorme cementerio. ¿Por qué murieron tantas personas bajo la bomba atómica? Antes del ataque con tal bomba, la mayoría de la gente joven estaba ocupada preparándose para posibles ataques con bombas incendiarias, echando abajo edificios inflamables fácilmente, creando barreras

contra el fuego para prevenir que éste se esparciera y también abriendo rutas de escape. Pero estos trabajadores fueron sorprendidos a mitad camino y la falta de edificios condujo a menos protección contra los efectos de la bomba atómica. En aquellos espacios abiertos donde antes habían casas, los soldados japoneses habían plantado boniatos. Milagrosamente aquellos boniatos sobrevivieron a la bomba atómica y la gente empezó en seguida a comer incluso los ramajes que se encontraban sobre la tierra.

Varias semanas después, gente que no había sufrido daño físico y parecía sana, de repente tuvieron derrames de sangre por sus narices, tremenda diarrea y el pelo de sus cabezas empezó a caérseles. Estos efectos eran producidos por la enfermedad radioactiva. La bomba atómica no sólo destruyó edificios, sino que también extendió la radiación a través de la ciudad. El niño de una amiga mía más tarde experimentó signos y síntomas de la enfermedad radioactiva. El niño no podía dormir por las noches, y tenía en vilo a su madre toda la noche. La madre sin intención riñó al niño mandándole dormirse, de modo que ella pudiera descansar un poco. El niño gritando dijo: “yo no quiero esta enfermedad! No es mi culpa! Devuélveme mi salud! Yo quiero vivir más!” Desgraciadamente el niño murió a los seis años de edad. En aquel tiempo había jóvenes muchachas a las que llamábamos “doncellas-virgenes de la bomba atómica”, porque habían sufrido terribles quemaduras en sus rostros y vivían penosas y solitarias vidas. Una de ellas escribió un poema titulado: “Vuelve a mí, sonrisa!” (Hohoemi yo, caeré). El poema es como sigue: “Cruel destino acarreo a mi espalda, una vida solitaria estoy viviendo, la sonrisa juvenil ha desaparecido, echo de menos mi sonrisa, ¿cuando ella volverá?”

Actualmente, estas mujeres hablan de sus experiencias y apelan por la paz a fin de superar su pena. Yo fui bautizada Católica cuatro años después de la bomba atómica, y rezando por las víctimas y por la paz, fui conducida a experimentar paz en mi alma. En favor de todas aquellas personas que perecieron en la bomba atómica, yo quiero apelar a todo el mundo: “Nunca más una guerra nuclear!”

Hoy día, hablando del poder de destrucción, el mundo posee más de un millón de armas nucleares del tipo como la bomba arrojada sobre Hiroshima. Como una superviviente y testigo de la bomba atómica, yo airada pregunto qué pasó en aquel día 6 de Agosto de 1945 y por qué no hemos aprendido nada de ello. Si armas nucleares son usadas de nuevo a toda escala, entonces la humanidad se enfrenta a una total destrucción. La guerra destroza todas las cosas, pero sólo la paz puede reconstruir y reparar lo que fue destrozado. Hablando de nuestras amistades cotidianas, sabemos que el odio y el conflicto destruyen la confianza, pero con la oración y la ayuda mutua y el aceptar las flaquezas de unos y otros, podemos esforzarnos a traer la paz. Confío en que estos esfuerzos nos impulsen a pensar qué es lo que podemos hacer por la causa de la paz mundial. Sobre todo debemos continuar orando por la paz.

Finalmente, quisiera concluir mi manifiesto con esta canción: “Nuestra patria fue quemada y destruida. En el suelo en chamuscas enterramos los huesos familiares. Ahora blancas flores florecen allí. Ah, no podemos perdonar las dos bombas atómicas...Por eso debemos oponernos a una tercera. A través de nuestra patria...y a través del mundo”.

Postdata: la señora Hattori es la madre del Padre Daisuke Petro Hattori, sacerdote de la iglesia de Fukuyama.

Translator : Fr. Juan Catret, SJ